



# LA DESAPARICIÓN DE JULIA

JORDI SIERRA I FABRA

edebé

**periscopio**

# **LA DESAPARICIÓN DE JULIA**



JORDI SIERRA I FABRA

# LA DESAPARICIÓN DE JULIA

**edebé**

© Jordi Sierra i Fabra, 2020  
www.sierraifabra.com

© Ed. Cast: Edebé, 2020  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Diseño de la colección:* Book & Look  
*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

1.<sup>a</sup> edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4918-3  
Depósito legal: B. 8351-2020  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A todas las personas que  
un día dejaron un vacío,  
voluntaria o involuntariamente.*



Primera parte:  
Los inicios





# 1

Pura volvió a abrir los ojos.

La hora.

La maldita hora.

Los dígitos del reloj luminoso parecieron burlarse de ella, porque no habían pasado ni tres minutos desde la última vez.

Resopló.

La angustia comenzó a desbordarla, así que se dio la vuelta para darle la espalda al reloj. Quedó de cara a su marido y, en la penumbra, casi lo aborreció por lo bien que dormía, como si nada, boca arriba, con los labios entreabiertos y aspecto bobalicon.

No pudo quedarse ahí y se levantó de un salto, moviendo la cama a conciencia, con la clara intención de que al menos él lo notara.

No fue así.

Ni siquiera se calzó las zapatillas. Hacía calor y el frío del suelo representaba un alivio. Recogió el móvil de la mesilla, salió de la habitación y caminó hasta la sala. Se acercó a la ventana. El silencio de la noche le hizo ver que todo estaba en calma.

Todo menos su ánimo.

—Vamos, Julia, por favor... —musitó.

Otra vez el móvil.

Pulsó la tecla de llamada por enésima vez.

Y por enésima vez, recibió la misma respuesta:

—El número al que llama está apagado o fuera de servicio. Deje su mensaje al oír la señal...

Ya no lo hizo. ¿Para qué? Había dejado media docena de mensajes en las anteriores llamadas, tan infructuosas como esa.

Apagó el móvil y lo sostuvo en la mano.

Cuando ella era joven, no existían los móviles, y si su padre le decía que tenía que estar a una hora en casa, estaba a esa hora en casa. Un minuto de más y se le caía el pelo.

Julia se pasaba ya más de dos horas.

Un mundo.

La invadió una oleada de calor que casi la mareó. En ella se mezclaban la rabia con la frustración, la ira con la desesperación. Primero se había dicho que, cuando llegase a casa, la mataría. Después, que la castigaría. Ahora lo único que le pedía a Dios era verla aparecer por la calle, o entrando por la puerta. Lo demás ya no importaba.

¿Estaría bien?

¿No llamaba porque estaba en un hospital, herida o... quizá borracha o drogada porque alguien le había puesto algo en el vaso?

Julia era prudente.

La habría llamado si...

Pura ya no pudo más. Regresó a la habitación y se acercó a su marido.

—Emilio.

Lo agitó, primero levemente, después ya sin miramientos al ver que él seguía aferrado a su sueño.

—¡Emilio!

El hombre entreabrió los ojos. La claridad era mínima. La leve luz que penetraba por la ventana era la

de la luna. Bañaba a su mujer de lado, así que su aspecto era fantasmal, en blanco y negro. Pese a captar la angustia que la arrebolaba, él tardó en reaccionar todavía un par de segundos más.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Que no ha llegado, eso es lo que pasa.

—Bueno, ya, pero...

—¡Emilio, que tenía que haberlo hecho hace más de dos horas!

La realidad le penetró de golpe.

Miró el reloj digital, al otro lado de la cama.

Eso le hizo acabar de abrir los ojos y conectar con la realidad.

—¡Voy a llamar a la policía! —exclamó Pura conteniendo el primer atisbo de lágrimas.

—Espera, espera, no vayas a liarla —dijo su marido enderezándose—. ¿La has telefoneado?

—¿Tú qué crees? Media docena de veces. Y tiene el móvil apagado.

—¿Apagado?

—¡Sí, apagado! ¡Deja de repetirlo todo como un loro!

—¡Pero si le decimos que lo tenga abierto siempre!

—¡Pues lo tiene apagado, o desconectado... o vete tú a saber! ¡Yo ya no puedo más! —Se vino abajo—. ¡Le ha sucedido algo, lo sé, estoy segura! ¡Julia no es de las que se lo toma todo a la torera! ¡Son más de dos horas, por Dios!

Su marido la abrazó.

Apenas unos segundos. Diez a lo sumo.

Luego ella se deshizo de él y se dispuso a buscar el número de la Guardia Civil de la caserna del pueblo.

## 2

Hacía tiempo que no dormía ocho horas.

Demasiado tiempo.

Y empezaba a notarlo.

Pero si encima lo despertaban cuando apenas si estaba saliendo el sol...

—Sargento, debería venir de inmediato.

Ni siquiera preguntó por qué.

Si lo llamaban, era por algo.

Se duchó en un minuto, más para quitarse de encima el calor que el sueño, y se puso el uniforme a la carrera. No tenía hambre. La cena todavía le bailaba en el estómago. Pero sí se tomó un café, fuerte, amargo. Al otro lado de la ventana vio el cielo azulado aunque todavía con tintes rojizos del amanecer. Iba a ser otro día de calor, sin una nube. Un día tórrido, ideal para no salir ni un minuto a la calle, pegado al ventilador o al aparato de aire acondicionado. Cualquier gesto provocaba sudor.

«Sargento, debería venir de inmediato».

¿Otros niños estrellados con el coche, seguros de que a ellos no les iba a pasar nada aunque se la jugaran haciendo el gilipollas?

Solía ser lo más frecuente.

Otra cosa...

Roberto Peláez empezó a inquietarse.

Así que aceleró el paso.

Cuando llegó a la caserna, Narciso Olmedo ya lo estaba esperando con cara de circunstancias.

—¿De qué se trata? —preguntó temiéndose lo peor.

—Una chica no ha vuelto a casa.

No supo si tranquilizarse o no.

Las llamadas de padres porque sus hijos se retrasaban cinco minutos eran frecuentes, alarmados por todo lo que salía siempre en televisión: violaciones, asesinatos...

—¿Otra?

—Sí.

—¿Edad?

—Diecisiete. Julia Castro Giralt.

—Mierda —jadeó.

El agente se puso en plan machista.

—Habrá echado un polvo y luego se habrá quedado dormida —dijo.

Su superior le taladró con la mirada.

—Usted vaya haciendo ese tipo de comentarios y ya verá —rezongó.

—¿Y qué quiere? —insistió sin arredrarse—. Si es lo más normal, aunque luego, ya sabe —cambió la voz para agregar—: Mi hija no fuma, no bebe, es virgen, muy buena chica y jamás se iría de casa sin más.

—¿Cree que se ha ido de casa?

—No sé. Era una suposición.

Roberto Peláez se sintió más y más incómodo.

Irritado.

Los últimos casos, a cual más escabroso, habían puesto el país patas arriba.

—¿Es que no vamos a poder tener una fiesta en paz? —gruñó—. ¿Dónde vive la desaparecida?

—En El Pedregal, a las afueras.

—¿Veraneantes?  
—Segunda residencia.  
—¿Diecisiete, seguro?  
—Y medio. Es menor.  
Se resignó.

Lo inevitable era inevitable. Julia Castro Giralt no había vuelto a casa. Eso podía significar cualquier cosa.

Incluso lo que decía Narciso Olmedo.

—Este es un pueblo pequeño. —Chasqueó la lengua intentando superar el desaliento para meterse en la piel del uniforme—. Espero que no se líe. —Inició el camino hacia la puerta mientras le decía a su subordinado—: Andando.

### 3

Almudena oía a su madre llorar y a su padre gritar.  
Y no podía taparse los oídos.

Acababa de cumplir los catorce. Ya no era una niña. Más aún: hacía tiempo que había dejado de ser una niña. A los doce se sentía mujer, a los trece capaz de todo, y ahora...

Quería comerse el mundo.

Estaba decidida, dispuesta, a punto.

Pero si realmente le había sucedido algo a Julia...

—Por favor, no. —Apretó los puños.

En su mesilla tenía una foto de ella con su hermana mayor. Se la habían tomado el verano pasado. Sonreían,

las dos, con desparpajo, burlándose de quien tomaba la instantánea. Julia tenía los brazos levantados y ella sacaba la lengua. Le gustaba porque no era una imagen convencional, sino una muestra de libertad. Había sido un buen verano y lo celebraban. No faltó de nada. Para sí misma, el mejor de su vida: su primer beso de verdad, sus primeras caricias a hurtadillas, su primer amor de verano... Y con Julia de cómplice. Se apoyaban. No había peleas ni celos. Hacía tiempo que habían comprendido que lo mejor era trabajar juntas, colaborar y apoyarse la una a la otra frente a los constantes miedos de su madre o la a veces parcial intransigencia de su padre. Los padres acababan yéndose, muriendo. Ellas seguirían. Serían hermanas para siempre. Tocaba aceptar lo bueno y lo malo de ambas y respetarse.

Almudena miró por la ventana.

Desde allí apenas se vislumbraba un trozo de la calle. Su habitación daba casi a la parte de atrás. Lo que más deseó, con todas sus fuerzas, fue ver aparecer a Julia, por más que se le cayera el pelo al cruzar la puerta.

Como le sucediera algo a ella, la mayor...

Se sentía prisionera.

Pero si salía de su habitación se encontraría con el caos.

Tenía miedo.

No soportaba los gritos, ni las lágrimas, ni el desequilibrio que se cernía sobre ellos.

La voz de su madre taladró las paredes de la casa:

—¡Está muerta! ¡Seguro! ¡Muerta en una cuneta, lo sé!

Y la de su padre, cada vez más angustiada:



—¿Quieres callarte? ¡Puede haber sucedido cualquier cosa! ¿Por qué has de ser tan agorera?

La discusión aumentó.

—¡Porque ella nunca nos disgustaría!

—¡Tiene diecisiete años! ¿Quién no comete errores a esa edad?

—¿Errores? ¿Qué error puede haber cometido?

—¡No lo sé, quedarse dormida en casa de alguien, por ejemplo!

—¿Con el móvil apagado?

—¿Y si se ha quedado sin batería?

—¡Le digo que lo cargue siempre antes de salir!

—¡Puede haberse olvidado!

—¡Emilio, por Dios!

—¡Pura, cálmate!

Almudena se tapó los oídos con la almohada.

Estaba aterrada.

Tanto que, de pronto, se dio cuenta de que era más por sí misma que por Julia.

Si le sucedía algo a su hermana, a ella ya no la dejarían salir nunca más de casa, por miedo.

Los gritos de su madre se convirtieron en una lacerante histeria, incontrolable y amarga.

## 4

Israel no podía dormir.

Quería seguir en la cama, recuperarse, levantarse